

almohades que tanto aborrecía. Llamado á los ocho meses á la campaña de Sevilla, tuvo que interrumpir por segunda vez sus útiles tareas, y salió á la cabeza de quinientos caballos con el rey cristiano; pero apenas cayó vencida aquella plaza, en cuyo cerco se distinguió tanto por su generosidad como por su heroísmo, cuando prosiguiéndolas con mayor ahínco que nunca, logró animar su reino con la explotación de minas de oro y plata y el rumor de talleres en que ya se fabricaban armas de fino temple, ya se tejía la seda con más perfección que en los mismos pueblos de la Siria. Acertó á venirse por aquel tiempo á Granada gran número de moros, fugitivos unos de Játiva y Valencia por no poder sobrellevar la servidumbre del rey aragonés D. Jaime, procedentes otros de Sevilla, donde temían los ultrajes que para los caídos suele llevar consigo la derrota; y deseoso ese gran príncipe de detenerlos á todos en su reino, del cual era fácil que salieran para poblar el África, no sólo no escaseó gastos para alimentarlos, sino que también repartiéndolos por sus tahas, les dió hogar donde viviesen, los eximió por algunos años del pago de tributos, y procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance hacerles llevadero el recuerdo de las pasadas desventuras. Sabía cuán escasa era la población de Granada á causa de las grandes guerras que por tanto tiempo la agitaron, conocía de cuánto era capaz un suelo fértil donde la naturaleza parece haber prodigado sus tesoros, temía que en lo futuro pudiesen venir contra su reino monarcas poderosos que habían hecho temblar ya imperios tan vastos como los de los almohades y los almoravides; y convencido de que para contener estas invasiones debía suplir por el número de sus súbditos el de sus fortalezas y ciudades, se aprovechó de estas y de otras circunstancias parecidas como de ocasiones que le ofrecía su Profeta para multiplicar los soldados que debían sostener una monarquía, al parecer fundada sobre arena y expuesta á hundirse al primer torrente que se despeñase de Sierra-Morena ó de los montes de Segura.

Tuvo afortunadamente el Ahmar en apoyo de sus altas miras políticas un regular período de paz que vino á prolongar en 1152 la muerte de San Fernando. Cuando supo este grave accidente, envió una embajada al nuevo rey D. Alfonso para que confirmase el tratado de Jaén bajo las mismas condiciones; y otorgado esto, siguió dedicándose sin tregua á las mejoras materiales de su reino, hasta que á los dos años partió para Jerez, llamado por el monarca de Castilla. Regresó inmediatamente después de la toma de Jerez á su ciudad favorita, recogió con el mismo amor que siempre á los desventurados almohades que iban huyendo de los pueblos sojuzgados durante la campaña, continuó favoreciendo todas las artes útiles, y al paso que veía prosperar incesantemente la industria y la agricultura, se complacía en contemplar cómo crecían de día en día los encantados patios y salones de la Alhambra.

Era el Ahmar guerrero; pero sentía esos llamamientos de los reyes castellanos, que á más de distraerle de las atenciones del Estado, le obligaban á emplear sus armas contra sectarios que, aunque herejes, no dejaban de ser como él hijos leales del Profeta. No encontraba entonces para la salvación de su reino otro medio que el de la paz; y la deseaba, y procuraba con tanto afán, que estaba dispuesto para obtenerla á sacrificarlo todo, hasta su propio bienestar, hasta la amistad, hasta sus más ardientes é hidalgos sentimientos. Si obedecía con tanta resignación á las exigencias de los reyes castellanos, no era sino porque veía así asegurada la paz para sus pueblos. Se excusó poco después de hospedar en su corte al infante D. Enrique, que tras la campaña de Jerez se enemistó con su hermano el rey Alfonso, y no lo hizo por otro motivo que por el temor de comprometer esa misma paz que él consideraba como la base de la futura grandeza de su patria. Movié á Enrique á que en lugar de pasar á Granada se dirigiera á Túnez, para cuyo emir le dió cartas dictadas por el sentimiento de amistad más puro, y logró así contentar al infante y obligar más al rey, que no le llamó

hasta tres años después para la conquista de los Algarbes.

Á pesar de este sistema político no tardó, sin embargo, el Ahmar en verse envuelto en una guerra larga y complicada que llegó á poner en peligro su corona. Envió al Algarbe al walí de Málaga con algunos caballeros, recorrió en tanto sus dominios, visitó sus tahas, fortificó sus fronteras, y, estando en Gibraltar, recibió mensajes de Jerez, de Arcos, de Sidonia y hasta de Murcia, ciudades que se ofrecían á proclamarle rey si les ayudaba á sacudir el yugo á que acababan de uncirlas los cristianos. Persuadido de la necesidad de conservar la paz, resistióse por de pronto en su interior á acceder á una demanda que la comprometía; mas considerando luégo como un deber amparar á muzlimes oprimidos y movido quizá por sus ímpetus guerreros, el afán por la gloria y la esperanza de ensanchar su reducido imperio, si no se decidió por la afirmativa, prometió cuando menos á los mensajeros llevar la proposición al senado de los jeques y estar por lo que estos cautos ancianos resolviesen. Pasó á Granada, juntó el consejo, manifestó las pretensiones de los pueblos recién conquistados, y lejos de encontrar duda ni temor en los ánimos, los encontró casi todos decididos abiertamente por la guerra. Púsoles por delante los peligros que iban á nacer del primer choque que tuviese lugar entre granadinos y cristianos, y los vió dispuestos á pasar por todo; pero ni aun así pudo consentir en que se rompiese clara y terminantemente con el rey Alfonso. Propuso que ante todo se procurase el simultáneo alzamiento de la ciudad de Murcia y los pueblos del Algarbe á fin de que Alfonso, no pudiendo estar á la vez en puntos tan distintos, le llamase y le diese ocasión para negarse á socorrerle; manifestó que, rota con este pretexto la alianza, era fácil que se les declarase la guerra y se les ofreciese motivos para ir con tropas más allá de la frontera, y acabó, al fin, diciendo que sólo así creía legitimado y provechoso el rompimiento que se proyectaba.

Aceptadas estas ideas por el consejo, empezó el Ahmar á disponer secretamente la sublevación de aquellos pueblos, y no

tardó en ser aclamado casi en un mismo día por los árabes de Murcia, Lorca, Mula, Jerez, Arcos y Lebrija, que, invadiendo como leones las casas y las fortalezas de los cristianos, mataron á cuantos no pudieron recurrir á la fuga. Mandó desde luégo tropas hacia Murcia; y apenas se vió requerido por el rey de Castilla, le escribió cuán cortésmente pudo, alegando que motivos de política y sobre todo de religión le impedían por entonces pasar al servicio de un príncipe cristiano, tanto que ni se atrevía á asegurarle si podría en esta guerra permanecer del todo ocioso. Dirigióse á sus alcaides y apercibió su caballería mientras esperaba la resolución de Alfonso; y luégo que supo la orden de éste para que las tropas fronterizas rompiesen las hostilidades, salió de Granada, corrió y taló los campos de Alcalá de Ben-Zaide, peleó á la vista de esta ciudad con un ejército castellano, y lo batió y destruyó de manera que logró infundir temor en el pecho de sus orgullosos enemigos. No descansó siquiera un momento: empleó sus tropas cuando no en batallas campales, en refriegas y escaramuzas; y mientras corrían al Algarbe los mejores caudillos de Alfonso, anduvo molestando sin cesar las fronteras de Castilla con algaradas sangrientas que las mantenían en continua alarma. Dispuso de nuevo para Murcia gente de á pié y de á caballo, nombró jefes y la distribuyó toda en el mejor orden que pudo; mas poco pudo alcanzar con tan oportunas medidas. Deseoso de recompensar á los que se habían distinguido tanto en la jornada de Alcalá como en las luchas sucesivas, concedió en este tiempo gracias á algunos zene-tas y zegríes, ofendió con esto á Abu-Mohamed-Abdalá, walí de Málaga, á Abu-el-Hasán, walí de Guadix, y á Abu-Yshac, walí de Comares; y cuando más necesitaba de fuerza para proteger una ciudad que veía acampadas cerca de sus muros las tropas de Aragón y de Castilla, tuvo el desconsuelo de verse amenazado por esos tres poderosos gobernadores, que, además de negarse á tomar parte en la expedición de Murcia, se hicieron más tarde aliados y aun vasallos del rey Alfonso.

Comprendió de una mirada el Ahmar los tristes resultados que podía dar este hecho, y perdió en gran parte las esperanzas que tenía; pero no por esto se manifestó menos animoso ni prudente. Preparó nueva campaña, y, antes de salir para ella, hizo jurar y proclamar sucesor á su hijo Mohamed, á quien asoció al gobierno. No pudo conseguir que los tres walíes presetasen el juramento, y hasta sospechó que no pasarían mucho tiempo sin alzar contra él las armas; pero salió, y salió con el intento de pasar á Murcia. Tuvo á poco la guerra dentro de su propio reinado, y vió asaltadas de repente sus fronteras no sólo por las tropas de los walíes sino también por los castellanos, con los que acababan de concluir un tratado de alianza y vasallaje; recibió á cada momento noticias fatales del occidente de Andalucía, donde Alfonso ganó una tras otra Jerez, Sidonia, Rota, San Lucar, Arcos y Lebrija; hubo de ocuparse nuevamente en dar la dirección oportuna á las avenidas de fugitivos que á consecuencia de esas conquistas iban invadiendo sus estados; pero ni aun bajo el peso de tantas atenciones se mostró falto de valor, ni dió la menor muestra de desfallecimiento. Dividió su hueste, mandó la mayor parte á Murcia, púsose al frente de la caballería de Granada, y corriendo, ya contra los de Guadix, ya contra los de Jaén, en todas partes parecía que se hallaba y lograba en todas con su actividad y la fama de su nombre cortar el altanero vuelo de sus enemigos.

Eran, no obstante, tan grandes los apuros de el Ahmar, que buscaba medios para desistir honrosamente de guerra tan dudosa en su éxito y perniciosa para sus estados. Procuró entrar en negociaciones con el rey Alfonso; y para apartarle de la causa de los rebeldes, ofreció renunciar á la conquista de Murcia y concederles treguas por un año. Sabía cuán duras eran para él estas proposiciones; pero respiró al verlas aceptadas. Regresó á su corte, se dedicó á reparar los males que afligían su reino, y al año, libre ya de la guerra exterior y algo repuesto de sus fatigas, abrió nueva campaña contra los sublevados á

pesar de la oposición del monarca cristiano, que estaba dispuesto á favorecerlos encubiertamente con el objeto de mantener siempre fija sobre ellos la atención del gobierno de Granada. Empezó con tanto ímpetu y tan felices resultados, que no sin razón se esperaba que había de vencer pronto á los walíes; pero después de tomados algunos pueblos y fortalezas, tuvo que suspender su marcha, movido por una carta del rey Alfonso en que le amenazaba con otro rompimiento si no declaraba independientes á los rebeldes y le hacía cesión de Tarifa y de Algeciras. Detúvose donde recibió este escrito, aunque no ya con ánimo de doblar humildemente la cabeza ante tan pérfidas y desatinadas exigencias. Lleno al primer momento de ira, mandó reunir tropas y entrar en tierra de cristianos; y aun después de pasado este arrebató, no pudo menos de escribir en tono amargo á su infiel aliado, á quien se quejó ya de la alevosía con que había procedido, ya del atrevimiento con que le pedía dos ciudades que eran las llaves de su reino. Contentóse al fin con pedir á Alfonso que guardase completa neutralidad en negocio que nada le afectaba ni le correspondía; pero ni esto hubiera probablemente alcanzado á no haber sobrevenido en Castilla una rebelión que habría podido ser fatal á los cristianos á ser menos nobles de corazón los caballeros que se levantaron. Tras este hecho no sólo obtuvo del rey lo que pretendía; recibió bajo su amparo al príncipe Felipe, hermano de Alfonso, á D. Nuño y á otros castellanos de los sublevados, no menos ilustres por su origen que por sus altos hechos; y auxiliado por ellos, pudo á poco atacar por tercera vez á los walíes, únicos enemigos contra que se habían ofrecido á desnudar su espada. Confió el mando del ejército á Mohamed, su hijo, y le ordenó que se dirigiera á Guadix; pero no pudo alcanzar ya los resultados que se prometía. Á pesar del valor de Mohamed y de las proezas de los nuevos aliados, vió que toda aquella guerra se reducía á talar y saquear pueblos, levantados hoy para caer mañana; conoció luégo que, divididas como habían de estar sus fuerzas, no

podría fácilmente terminar por sí una lucha que había tomado ya grandes proporciones; y ansioso de remediar un mal que iba corroyendo lentamente su reino, recurrió al extremo de llamar en su socorro á Abu-Yusuf, rey de Marruecos, de esa parte del África de donde vino tantas veces la salvación y la servidumbre de los árabes de España.

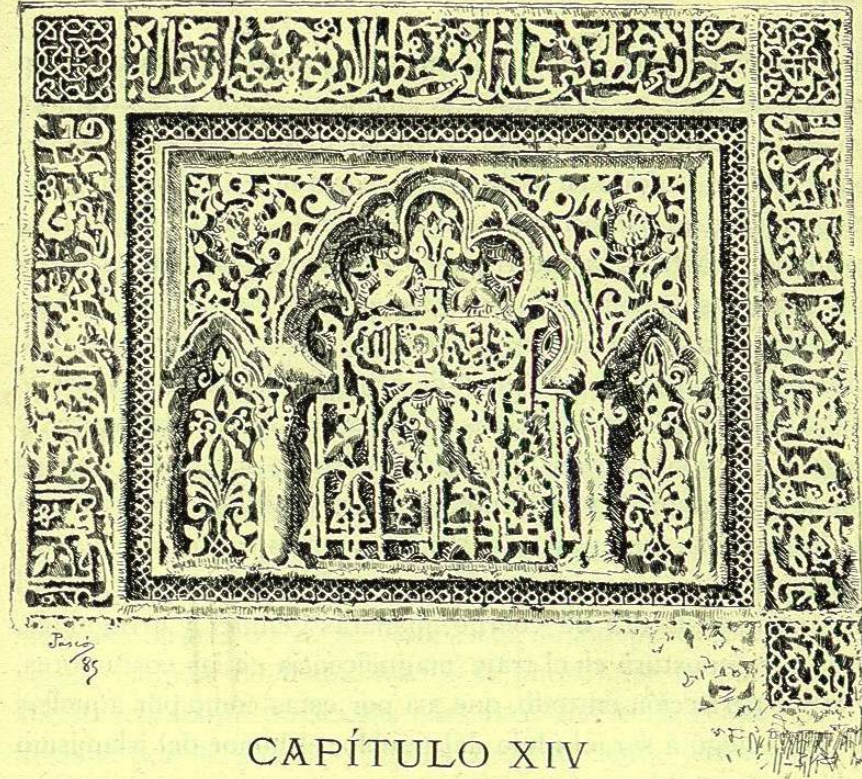
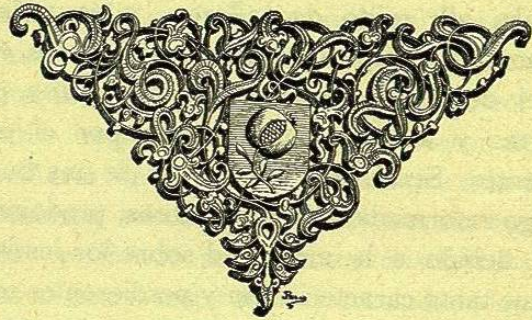
No tenía aún tiempo de haber pasado á España Abu-Yusuf, cuando recibiendo el Ahmar noticia de que acababan de entrar en su tierra los walíes, concibió tal cólera, que se resolvió, á pesar de sus ochenta años, á salir al frente de su ejército de los muros de Granada. Salió el Ahmar por la vez postrera. No había aún dejado la ciudad, cuando el pueblo auguraba mal sabiendo que se había roto contra las bóvedas de la puerta la lanza del primer caballero que formaba la vanguardia; y no distaría de ella media jornada, cuando empezó á sentir en su corazón los latidos precursores de la muerte. Atacado de un grave accidente, fué conducido en andas hacia su corte; pero no tardó en espirar bajo un pabellón que hubieron de levantarle en el camino. Murió de un vómito de sangre á la misma hora en que se ocultaba tristemente el sol tras las cumbres de la sierra de Loja; y llorado por cuantos cristianos y muzlimes recogieron sus últimos suspiros, fué trasladado de noche á la capital y enterrado en un sepulcro de mármol, donde su hijo hizo grabar en letras de oro el más cumplido elogio de tan ilustre héroe (1).

(1) Este elogio ó epitafio ha sido traducido de los autores árabes por Conde del modo siguiente: «Este es el sepulcro del Sultán Alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, gloria del día y de la noche, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, polo de la secta, esplendor de la ley, amparo de la tradición, espada de verdad, mantenedor de las criaturas, león de la guerra, ruina de los enemigos, apoyo del Estado, defensor de las fronteras, vencedor de las huestes, domador de los tiranos, triunfador de los impíos, príncipe de los fieles, sabio adalid del pueblo escogido, defensa de la fe, honra de los reyes y sultanes, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abu-Abdala-Mohamed-ben-Yusef, ben-Nasar-el-Ansary, ensálcele Dios al grado de los altos y justificados y le coloque entre los profetas justos, mártires y santos, y complázcase Dios de él, y le sea misericordioso, pues fué servido que naciese el año 591 y que

Sintió todo el reino de Granada tan dolorosa pérdida á pesar de ver brillar en el hijo las generosas prendas del padre; mas ¿cómo no había de sentirla siquiera por agradecimiento, cuando á ese el Ahmar debía su libertad y su grandeza? Dejábalo el Ahmar desgarrado por una guerra civil de que fué involuntariamente causa; pero ¿era comparable ese mal con los beneficios que le había procurado? Florecía de oriente á occidente la agricultura; y Granada veía ya su famosa Vega, cruzada por acequias numerosas, cubierta de frutos y flores, salpicada de pueblos, embellecida por palacios y deliciosos cármenes donde se veía sombreadas por el laurel y el álamo ricas paredes y techumbres de oro. Alzábase multitud de molinos á las orillas del Genil y el Darro, y blanqueaban acá y acullá puentes hasta sobre los arroyos. Beneficiábanse aquí minas; sonaba allí ruido de talleres; y en todas partes se estaban levantando templos y alcázares soberbios, entre los que sobresalía el de la Alhambra, no concluída aún, pero cercada ya de huertas y alamedas y animada por el murmullo de risueñas fuentes. Sentadas ya las bases de una buena administración y algo reformadas las costumbres, predominaba la idea del respeto debido á la autoridad sobre los instintos de independencia que tanto caracterizaron y perdieron en todos tiempos á los musulmanes; apoyado de otra parte el gobierno por dos cuerpos de fuerza armada, compuesto el uno de árabes españoles y el otro de africanos, contaba con los medios suficientes para tener á raya las pasiones de los pueblos y la desenfrenada ambición de los walíes. Estaba, por fin, constituída enteramente la nación, asegurada la dinastía que debía regirla, restablecido en gran parte el orden que había de sostenerla: ¿qué faltaba para coronar la obra de el Ahmar sino reducir á la obediencia

fuese su tránsito día giuma después de la azala de alasar á 29 de la luna giurada postrera año 671. ¡Alabado sea aquel cuyo imperio no fina, cuyo reinar no principió, cuyo tiempo no fallecerá, que no hay más Dios que él, el misericordioso y clemente!»

á esos tres rebeldes gobernadores de Guadix, Málaga y Comares, suficientemente desleales aún para arrojar contra el seno de su patria la espada de un rey cristiano, ó bastante ciegos para no ver el abismo que á sus piés se abría? Difícil, muy difícil será que la puedan coronar sus sucesores. La discordia es mal inherente á las sociedades árabes; y brotará y retoñará en cada reinado hasta que se oiga en lo alto del Padul el suspiro de despedida del último rey moro.



CAPÍTULO XIV

Mohamed II.—Mohamed III.—Nasar



A proclamación de Mohamed II fué el viernes 29 de giumada del año 671 (21 Enero de 1273), es decir, en el mismo día en que murió el Ahmar, después de cuyas exequias paseó el nuevo rey las calles de Granada acompañado de la flor de su caballería. Contaba ya treinta y ocho años de edad y diez de estar gobernando el reino con su padre; conocía perfectamente su posición y lo que exigían de él los hombres y las cosas; y lejos